

Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica^{1, 2}

Bernard Golse³

Asociación Psicoanalítica de Francia

RESUMEN

Lo materno y lo femenino no son dominio exclusivo de la mujer, como tampoco los hombres tienen el monopolio de lo masculino y lo paterno. Creer esto sería ceder al mito de dos sexos, radicalmente ajenos el uno al otro. Por otra parte, los dos sexos no son intercambiables. Esta idea implicaría admitir la utopía de una bisexualidad psíquica absoluta con sus dos versiones de un mismo sexo para todos o de dos sexos para cada uno. Los adultos tienen la tendencia a adherir a tales mitos o utopías. Los bebés, en cambio, no se engañan. Saben reconocer a los hombres y a las mujeres muy tempranamente, gracias a la mezcla en ambos que caracteriza

ABSTRACT

The maternal and the feminine are not the prerogative of women any more than the paternal and the masculine are the monopoly of men. To believe that, would be to give in to the myth of two sexes which are radically unlike one another. On the contrary, however, the two sexes are not interchangeable. To believe that would be to give in to the utopic idea of an absolute psychic bisexuality with its two versions of a same sex for all or the two sexes for each person. Adults sometimes have the tendency to adhere to such myths or to such utopias. Babies, however, don't made the same mistake. They know how to recognize men and women thanks

¹ Este artículo se publicó por primera vez en *La Psychiatrie de l'enfant*, Vol. 43, n. 1 (2000). Traducción de Constanza C. Duhalde.

² Texto redactado a partir de una ponencia realizada en las Cuartas Jornadas de Estudios de la OREE (Organismo de Investigación sobre el Infante y su Ambiente) organizadas con el aporte de los fondos de acción social de la ciudad de Mullhouse y del Departamento del Haut-Rhin sobre el tema "Funciones materna y paterna, ¿cuál espacio y cuáles posiciones para los profesionales?" (Mullhouse, 4 de junio de 1998).

³ Psiquiatra infanto-juvenil, psicoanalista. Fue jefe del Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Pediátrico Necker (París) y más antiguamente jefe del Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Saint-Vincent de Paul (París), al que se hace referencia en el presente artículo. Profesor de Psiquiatría de la Infancia y de la Adolescencia en la Universidad René Descartes (París V).

la bisexualidad psíquica. El impacto de nuestras acciones y de nuestras interacciones con los bebés depende en gran medida de la calidad de la integración de esta bisexualidad psíquica a nivel de cada adulto, de los equipos de trabajo con los infantes y de los dispositivos de cuidado implementados.

to the composition, unique to each person of his or her psychic bisexuality. The impact of our actions and our interventions concerning our children depends on a great extent of the quality of the integration of this psychic bisexuality at the level of each adult, at the level of the teams of health professionals and at the level of the treatments and treatment frameworks.

DESCRIPTORES: BISEXUALIDAD – RELACIÓN MADRE-BEBÉ
– FUNCIÓN MATERNA – FUNCIÓN PATERNA.

KEYWORDS: BISEXUALITY – MOTHER-BABY RELATIONSHIP
– MATERNAL FUNCTION – PATERNAL FUNCTION.

Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica

Al trabajar en París, en un hospital pediátrico que está claramente orientado hacia el campo de la psiquiatría y la psicopatología perinatal, no hace falta decir que la cuestión de lo materno y lo femenino es de gran importancia tanto para mí como para todo el equipo que tengo el honor de dirigir desde hace más de quince años.

Por supuesto, como hombre, siento algunos escrúpulos para abordar este tema, “lo materno y lo femenino”, y con mayor razón porque los equipos en torno al bebé, lo sabemos, presentan en su composición un predominio femenino muy marcado.

Sin embargo, si bien no tenemos la intención de abordar directamente la pregunta, muy interesante, sobre por qué un hombre elige, precisamente, trabajar en dicho campo y dentro de dichos equipos, indirectamente hemos elegido responderla, al menos parcialmente, abordando el tema de la maternidad y la femineidad a través de la bisexualidad psíquica.

El tema de la bisexualidad psíquica concierne, en efecto, tanto a los hombres como a las mujeres, y para revelar desde el inicio una de nuestras conclusiones, que se deriva además del pensamiento de Didier Houzel (1997) en cuanto al efecto de los bebés sobre los equipos de atención, diremos que la forma en que nos ocupamos de los bebés, como padres o como profesionales, depende

en gran medida de la calidad de la integración de esta bisexualidad psíquica en cada uno de nosotros, así como en el seno de nuestras relaciones interpersonales y esto tanto en el funcionamiento de las parejas parentales como en las relaciones profesionales dentro del equipo.

Por lo tanto, después de haber recordado algunas nociones de base acerca de lo materno y lo femenino evocaremos el concepto de amor materno y las funciones vinculadas con éste, antes de rever estas cuestiones, para concluir, bajo la luz de la bisexualidad psíquica.

Lo materno y lo femenino

Lo materno y lo femenino que, por supuesto, tendremos que diferenciar, pueden describirse en el adulto, pero reconocen, de hecho, raíces muy tempranas o incluso arcaicas, que se originan de manera muy profunda en el sistema interactivo del bebé/futuro padre. En otras palabras, lo materno y lo femenino de la madre (y del padre, volveremos a ello) corresponden a una especie de resultante final, fruto de un ensamblaje de identificaciones sucesivas cuya dinámica se despliega desde el comienzo de la vida.

En general, se piensa que el modo de ser madre o de ser mujer se vincula sobre todo con la adolescencia. De hecho, lo mismo ocurre en cierto modo con nuestras vocaciones terapéuticas: éstas a menudo parecen desencadenadas por nuestros encuentros e identificaciones secundarias en la adolescencia, aunque en realidad están más arraigadas en nuestras experiencias infantiles más precoces y distantes que aportan los verdaderos cimientos, mientras que nuestros procesos identificatorios posteriores ciertamente tienen participación en este proceso, pero juegan principalmente como factores desencadenantes relativamente tardíos.

De ahí surge una pregunta lateral, algo provocativa pero asimismo estimulante: ¿lo materno y lo femenino pueden detentar, de cierta manera, algún estatuto de vocación?

Dejaremos esta pregunta abierta por el momento para entrar un poco más en la definición de estas cuestiones, teniendo en cuenta que nuestra forma de ser madre y esposa, o padre y hombre, depende fundamentalmente de la forma en que, como bebés, hemos conocido lo materno y lo femenino, así como lo paterno y lo masculino, dentro del funcionamiento psíquico de cada uno de nuestras dos figuras parentales y esto, en el marco de nuestras interrelaciones precoces con ellos.

La sexualidad y el acceso a la diferencia de los sexos

Antes de acceder a la diferencia de los sexos, es importante, primero, que el niño descubra lo sexual. De hecho, éste es un prerrequisito necesario, ya que la identificación de hombres y mujeres por parte del bebé deriva, en efecto, de la demarcación que éste puede rastrear entre el padre y la madre (o entre la función materna y la función paterna), la cual sólo puede tener sentido sobre la base del registro sexual en sentido amplio. No insistiremos sobre esto en el marco de este trabajo.

Digamos solamente que un autor como Guy Rosolato (1969) definió, sobre este tema, el concepto de “brecha diferenciadora de satisfacciones” que puede explicarse de la siguiente manera. Muy tempranamente, el bebé sentirá que, de hecho, hay dos tipos de satisfacciones para él: aquellas que sólo puede obtener dirigiéndose a otros (debido a su inmadurez inicial) y aquellas que puede obtener por sí mismo. Las primeras remiten al territorio de las necesidades y de la autoconservación, las segundas al de los deseos y del autoerotismo, y la brecha entre las dos —que el niño siente como tal—, se inscribe, entonces, en la perspectiva de la primera teoría pulsional de S. Freud y de la oposición entre las pulsiones sexuales y pulsiones del yo. Sea como fuere, lo sexual es connotado desde el inicio por una dimensión de intimidad, de privacidad y de secreto que se encontrará, *mutatis mutandis*, en el segundo plano de lo materno y lo femenino.

El niño luego accederá progresivamente al reconocimiento de la diferencia de los sexos, un largo proceso que se llevará a cabo a lo largo de las diferentes etapas del desarrollo psicosexual con la puesta en juego de una sucesión preliminar y pregenital de oposiciones: incorporar/expulsar para la etapa oral, pequeño/grande para la etapa anal, poseer o no poseer para la etapa fálica, oposiciones parciales que preparan el advenimiento de la distinción entre hombre y mujer, a la que no se podrá acceder en términos de caracteres globales y totalizados hasta el advenimiento de la primacía genital y en el campo de la dinámica edípica.

Sobre la base del registro de un conjunto de pares sensoriales contrastantes (blando/duro, liso/áspero, redondo/puntiagudo, hueco/lleño, cóncavo/convexo...), una autora como G. Haag (1983) describe la diferenciación que hace el bebé entre “objetos-mamá” y “objetos-papá”, una diferenciación que se desarrolla en niveles muy arcaicos de funcionamiento psíquico, pero, de alguna manera, en la misma perspectiva que acabamos de describir.

En cualquier caso, estos diferentes registros no están exentos de conflictos y sabemos de los esfuerzos que el niño desplegará para luchar contra el adveni-

miento, no obstante, ineludible (en los buenos casos), de la inscripción psíquica de la diferencia de los sexos. La fantasía clásica de la madre con pene es una buena muestra de esta lucha, una fantasía que constituye una especie de última batalla antes de la renuncia definitiva.

Todo esto para decir que es dentro de esta dinámica que el niño se encontrará gradualmente con la mujer y el hombre y forjará representaciones que acumulen las huellas de estas diferentes problemáticas más o menos parciales. Una vez adulto, su forma de ser hombre o mujer, así como de ser padre o madre, siempre estará conectada con el recuerdo de estas primeras experiencias y las defensas que se vinculan con ellas.

Lo materno y lo femenino, primario y secundario

En su artículo titulado “Femineidad y maternidad. La leyenda de Ariane”, S. Bécache (1987) recuerda la definición de “mujer” del *Diccionario Robert*: “Una mujer es un ser humano que concibe y da a luz hijos”. Según ella: “La femineidad es el género de la mujer, la maternidad es su atributo esencial”, pero añade a esto algunas líneas más: “Esta simplicidad es sólo aparente. La relación femineidad-maternidad es compleja y confusa. Las complicaciones son muchas y evolucionan en diferentes niveles del aparato psíquico.”

Para explicar esta complejidad, nos referiremos principalmente a dos célebres artículos de F. Bégoïn-Guignard (1987), uno titulado “Lo femenino y lo materno”, y el otro: “Al alba de lo materno y lo femenino. Ensayo sobre dos conceptos tan obvios como inconcebibles”. La autora desarrolla su pensamiento en una perspectiva poskleiniana y, por lo tanto, propone definir lo materno y lo femenino primarios.

– *Lo materno primario*, según ella, se constituye en el encuentro entre el “conflicto estético” del bebé y la “capacidad de ensueño” de la madre.

Recordemos que el conflicto estético es un concepto descrito por D. Meltzer (1988) cuyo objetivo es explicar la perpleja admiración del niño confrontado a la imago materna, que lo fascina y lo seduce, pero que lo inquieta también en la medida en que le impone un cuestionamiento, inicialmente sin respuesta posible para él, entre la belleza del exterior de su madre y el misterio o el enigma de su interior. Tal es el conflicto primordial que, según Meltzer, “puede expresarse con mayor precisión como un conflicto entre el afuera-de-la-madre, accesible a la sensorialidad, y el interior-de-la-madre, que debe ser interpretado

y elaborado por la imaginación creativa. Todo, tanto en el arte y la literatura, como en cada cura analítica, da testimonio de la persistencia de este conflicto durante toda la vida”.

Esta teorización de Meltzer, muy metafórica e incluso poética, pone en cuestión el dogma de la precesión de la posición esquizo-paranoide sobre la posición depresiva en el sentido de que aquí la fase esquizo-paranoide ya sería secundaria y defensiva frente a un primer movimiento depresivo ligado a la indescifrabilidad del conflicto estético. Sería, en efecto, para escapar de esta depresión inicial (que supone, de hecho, una primera visión global del objeto materno), que el niño se vería llevado a clivar y fragmentar el objeto primario, una inversión obviamente subversiva con respecto al modelo kleiniano habitual.

Junto a este movimiento defensivo de parte del bebé, del lado de la madre se presenta la “capacidad de ensueño” (*rêverie*) definida por W. R. Bion, que acude a ayudarlo en la elaboración de este conflicto estético. Entonces, vemos que lo materno primario va a nacer y desarrollarse dentro de esta dialéctica entre la madre y el bebé: el bebé se encuentra, de manera conflictiva para él, con el misterio del objeto materno, que a su vez lo ayudará a resolver este problema a través de una función psíquica, la “capacidad de ensueño materno” (capacidad de *rêverie*), que él va a introyectar e internalizar gradualmente. De esta colaboración entre las defensas del niño y la asistencia psíquica de la madre, quedarán vestigios activos que guiarán por siempre al aspecto materno del niño transformado en adulto.

– El *femenino primario*, por su parte, sería “el lugar dentro del espacio psíquico interno donde se organizarán las primeras identificaciones femeninas”. Bégoïn-Guignard se refiere aquí al lugar descrito en 1928 por M. Klein en “Las etapas precoces del conflicto edípico”, bajo el nombre de “fase de femineidad”.

Sin entrar en detalles, sería una fase común para los niños de ambos sexos, que ocurriría en el momento del conflicto de pérdida de objeto relacionado con el proceso de destete, el umbral de la posición depresiva. Citemos a Bégoïn-Guignard: “Esta fase está delimitada por la conjunción de dos corrientes pulsionales distintas: por un lado, la avidez por la posesión del pecho-que-se-sustraer sobrecarga el placer de succionar con un aumento de pulsiones sádicas respecto del interior del cuerpo materno, que contiene supuestamente todas las riquezas del mundo interno, en forma de objetos parciales; por otro lado, bajo el impacto de la activación de las pulsiones genitales precoces, el pene se convierte en un objeto de deseo así como un objeto investido recientemente como un

equivalente del pecho materno perdido.” Se entiende así que “por esta conjunción del pecho y el pene como objetos de deseo, la fase femenina primaria constituye una configuración particularmente favorable para la organización y consolidación de los procesos de introyección”, sabiendo que desde el punto de vista de la bisexualidad psíquica, los procesos introyectivos están más bien en el orden de lo femenino y que Klein, desde el punto de vista de la psicopatología, consideró esta fase como un posible punto de fijación para ciertas formas de homosexualidad masculina.

Es sobre la base de este materno y de este femenino primario que luego se desarrollará lo que podría describirse como lo materno y lo femenino secundario. Deberíamos retomar aquí todo el juego de identificaciones edípicas y post-edípicas, aunque solo fuera por el deseo de hijo y el deseo de embarazo presentes en ambos sexos, pero que, sin embargo, tienen fundamentos diferentes. Estas cuestiones son conocidas y no nos detendremos en ellas.

Digamos, sin embargo, que las dos formas del complejo de Edipo, sea en su forma positiva y negativa o directa e invertida, arrojan luz sobre una cierta visión de la bisexualidad psíquica invitándonos a no considerar lo materno y lo femenino como una prerrogativa de la mujer. También hay materno y femenino en el hombre. Volveremos a este punto, pero nos parece que vale la pena señalarlo. Encontramos, por lo tanto, materno y femenino en ambos sexos, originados, como hemos visto, tanto en mociones edípicas como en mociones preedípicas.

El amor materno, las funciones maternas

Del amor materno se ha dicho mucho. Recordemos, por ejemplo, el libro de Elisabeth Badinter (1980) quien, en su momento, generó escándalo por la cuestión de fondo que planteaba con la pregunta: ¿es el amor materno un instinto que proviene de una “naturaleza femenina”, o surge en gran medida de un comportamiento social, variable según los tiempos y las costumbres?

La tesis de la autora planteaba que la historia nos revela, de hecho, que la noción de amor materno es extrañamente evolutiva ya que después de un largo período de indiferencia, marcado por el recurso sistemático de parte de las ciudades a las nodrizas rurales, los finales del siglo XVIII vieron nacer un nuevo comportamiento femenino y el siglo XIX exaltó y amplificó este ideal del amor maternal. Badinter agregaba que el trabajo de Freud y el desarrollo del psicoa-

nálisis habían contribuido, a su manera, a garantizar una formidable transmisión del amor maternal como valor establecido, pero que el progreso del trabajo de las mujeres, la reclamada igualdad y la creciente división de las tareas entre mujeres y hombres fueron los factores de un cambio que se venía venir, y cuya consecuencia más inesperada podría ser el advenimiento del amor paterno.

En realidad, la posición de Freud con respecto al amor materno es extremadamente compleja. Sabemos que la sexualidad femenina, en su conjunto, le ha planteado un problema. Aquí se plantea toda la cuestión de las identificaciones femeninas, y en sus textos sobre femineidad, de 1931 y 1933, Freud finalmente considera que de alguna manera él ha pasado por alto la importancia del período preedípico, obnubilado por el tema del amor al padre que, en la niña, reprime secundariamente el vínculo primitivo con la madre. Sabemos que Freud insistió en las diferencias entre las niñas y los niños con respecto a la organización edípica. Para él, en ambos casos el objeto que se inviste primariamente es la madre, pero mientras que el niño no tiene que cambiar de objeto de amor para entrar en la problemática edípica, la niña va a tener que realizar un cambio de la madre hacia el padre. Además, la misma ansiedad de castración que funciona como un tope a las fantasías edípicas del niño es la que, siempre según Freud, movilizará las mociones edípicas de la niña hacia su padre con el fin de compensar su falta y su frustración en cuanto a la envidia del pene.

Estas proposiciones freudianas plantean una serie de cuestiones teórico-clínicas y en particular sobre el cambio de objeto de amor en la medida en que la madre edípica del niño es tan distinta de la madre arcaica preedípica como lo es el padre edípico para la niña.

En cualquier caso, la génesis del amor materno se encuentra, en definitiva, en la encrucijada entre lo materno y lo femenino, en la medida en que probablemente se constituya a la vez como una identificación con la madre en tanto que madre y como una identificación con la madre en tanto que mujer, lo que refiere, simultáneamente, a la madre en su relación consigo misma y a la madre en su relación con el hombre.

Como resultado, el amor materno parece ser una combinación de funciones relacionadas con las pulsiones de autoconservación y las pulsiones sexuales, aquello que un autor como J. Laplanche (1987), ha intentado trascender, hace algunos años, a través de su teoría de la “seducción generalizada” y de los “significantes enigmáticos” que resultan de la misma hacia el niño. En otras palabras, el amor materno está atrapado entre el seno nutricional y el seno erótico, que sabemos que se equilibran para la mujer en una dialéctica sutil y a menudo conflictiva.

Finalmente, el amor materno no se presenta como un instinto cuyo montaje somato-biológico tendría algo intangible, en el sentido de un programa interno puramente endógeno. Encontramos aquí, además, toda la diferencia introducida por Freud entre la noción biológica de instinto y la de pulsión, concepto límite entre el cuerpo y la psique: el primero se presenta como unido a un objeto de satisfacción eminentemente fijo y conduce a la concepción de un destino en términos de fatalidad inevitable, mientras que la segunda se refiere a un objeto variable y contingente y conduce a un destino que da lugar a los efectos del encuentro.

El amor materno se construye así en el marco de sucesivas interacciones, relacionadas con la madre en tanto ella misma, a la madre en conexión con toda su filiación transgeneracional, y finalmente a la madre en su vínculo con el padre. Todo esto debería llevarnos a considerar que el amor materno, lo maternal y lo femenino resultan inextricablemente unidos.

La imago materna de referencia debe entonces ser aprehendida en su doble valencia de imago arcaica e imago edípica y posedípica. Solo señalaremos que en el campo de la imagen materna arcaica se enfrentan diferentes concepciones, que van desde la imagen materna todopoderosa y terrorífica del modelo kleiniano hasta “la representación de una madre suficientemente débil” descrita recientemente por M. Bydlowski a partir de sus trabajos sobre la infertilidad, es decir una imagen de la madre de los comienzos, de la ternura y la abnegación.

Bydlowski (1997) señala que “la adolescencia femenina termina solo con el primer nacimiento, incluso tardío” y dice del amor materno que, además de sus componentes de apego e identificación narcisista, tiene algo del *amour fou* que André Breton había ilustrado con esta frase: “Me había perdido a mí mismo y tú viniste a darme noticias de mí”.

A partir de entonces, las funciones maternas pueden ser descritas y declinadas de mil maneras y esto no cambia mucho el asunto. Se puede evocar, por ejemplo, la “capacidad de *rêverie*” (ya citada) de Bion, las tres funciones winnicotianas de *holding*, *handling* y presentación de objeto, así como la “preocupación materna primaria”, las ilusiones anticipatorias o las anticipaciones creativas apreciadas por R. Diatkine (1994), la armonización de los afectos o el “entonamiento afectivo” de D. N. Stern (1985), la función de “portavoz” de P. Aulagnier (1975)... y uno podría evocar a muchos otros aún.

Sin embargo, no es menos cierto que estas funciones que reconocen, poco o mucho, sus correspondencias en la cura se juegan, todas ellas, en la interfaz entre la necesidad y el deseo, es decir entre la autoconservación y la sexualidad.

No debería sorprender, entonces, que el amor materno que los sostiene y que en cierto modo funde lo materno y lo femenino –y esto ya sucede en la niña cuando juega a las muñecas y espera que su padre le dé un bebé–, resulta ser a la vez fuente y consecuencia de un narcisismo femenino que, veremos ahora, no sólo concierne a la mujer o la futura mujer sino a los dos sexos en el eje de su bisexualidad psíquica innata.

Lo materno y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica

Aunque a menudo se lo percibe como si fuera una evidencia (¿quién no ha pensado, alguna vez, en el funcionamiento psíquico humano aludiendo a la oposición clásica entre *animus* y *anima*?), el concepto de bisexualidad psíquica sigue planteando problemas teóricos y clínicos difíciles. En el plano fantasmático, de hecho, hay dos grandes versiones de la bisexualidad psíquica, una se refiere a la idea de un solo sexo, el mismo para todos; la otra a la idea de la existencia conjunta de los dos sexos en cada individuo, ya sea hombre o mujer.

Los datos actuales sobre el desarrollo psíquico del infante y del funcionamiento maduro del psiquismo se basan más bien en la segunda hipótesis fantasmática y consideramos que esto puede comprenderse a partir del estudio de los sistemas interactivos precoces. De generación en generación, es en la intimidad de estos primeros vínculos interactivos donde se arraigan lo masculino y lo femenino, así como lo materno y lo paterno, y uno de los primeros efectos de la bisexualidad psíquica es, sin duda, la dificultad que se impone para hablar de uno de estos polos sin, al mismo tiempo, referirse al otro.

Sin embargo, sea cual fuera la importancia y la efectividad del concepto de bisexualidad psíquica, digamos de entrada que los nuevos padres nunca serán... antiguas madres, si se permite esa expresión. Pensar en una equivalencia estricta entre un padre y una madre es, de hecho, una pura utopía bisexual, muy engañosa, de los adultos. Los niños no se engañan y cualquiera que sea el componente masculino y paterno de su madre o el componente femenino y materno de su padre, claramente marcan la diferencia y saben muy pronto identificar la naturaleza diferenciada de sus respectivos estilos interactivos.

Estas diferencias se han percibido cada vez mejor con el advenimiento de las técnicas de microanálisis de las interacciones y con el desarrollo de los trabajos que se ocupan de la tríada y no sólo de la díada (Elisabeth Fivaz en el Centro de

Estudios Familiares de Lausana, Martine Lamour y Serge Lebovici, en París). Se ha encontrado, por ejemplo, que existen diferencias cualitativas en tres áreas esenciales de las interacciones entre padres e hijos: la del estilo interactivo en relación con las características del “entonamiento afectivo” (Stern), el de los procesos de apego (J. Bowlby) y finalmente el de las modalidades de juego con el bebé.

Sin entrar en detalle sobre los resultados de estos estudios, digamos que el padre, en general, no juega con su hijo de la misma manera que la madre: lo maneja más activamente, a menudo le gusta generar cierto impacto emocional al arrojarlo al aire (y atajarlo, por supuesto!) y, en un plano más sutil, mientras que la madre inicia al bebé sobre todo en juegos funcionales, es decir, juegos vinculados al uso habitual de los objetos, el padre se divierte más con su bebé introduciendo los usos inusuales de los mismos, sea a través de juegos sensoriales o de juegos llamados semi-simbólicos, pero con un cierto desvío respecto de la función normal de los objetos utilizados.

Ciertamente, todo esto lleva al niño a formar, a través de sus “representaciones interactivas generalizadas” (Stern), una imagen de lo masculino y lo paterno diferente de su imagen de lo femenino y lo materno y es a partir de esta historia relacional temprana que él construirá sus propios componentes masculinos y femeninos, luego maternos y paternos, en sus relaciones posteriores con sus hijos. En otras palabras, en paralelo con lo que hemos visto anteriormente, el niño descubre la diferencia de los sexos en sus interrelaciones con sus dos padres, e integrará en una proporción variable el conjunto de estos dos componentes masculino y femenino, para tejer la trama de su bisexualidad psíquica personal.

Sin embargo, la cuestión de la bisexualidad psíquica puede considerarse en un nivel aún más parcial, incluso arcaico, y al mismo tiempo en un nivel algo más metafórico. En cierto modo, las envolturas psíquicas del infante y, por lo tanto, el marco de cualquier dispositivo terapéutico digno de ese nombre, siempre reconocen una cierta dimensión de la bisexualidad psíquica.

De hecho, si ubicamos la receptividad, la capacidad de atención y de transformación psíquica (en el sentido de Bion), así como la capacidad de *holding* (Winnicott) más bien en el orden de lo materno y la capacidad de limitar, la firmeza y la generación de prohibiciones (o mejor, de interdicciones, en los primeros tiempos) más bien en el orden de lo paterno, uno descubre que tanto las envolturas psíquicas como los diversos dispositivos terapéuticos siempre aseguran, como el padre y la madre, una combinación de funciones que bá-

sicamente lleva a cada uno de estos dos registros, ya que en todos los casos se trata de contener y limitar, tomando el modelo descrito por E. Bick (1968) en relación a la piel.

De todos modos, y por supuesto, el bebé va a requerir a cada uno de sus padres más bien en un registro o en otro (y no necesariamente a la madre en un registro materno o al padre en un registro paterno), mientras que, por su parte, el padre y la madre, a través de sus identificaciones regresivas, que conducen a cada uno a su propia historia infantil precoz, entablarán con él una relación marcada por una dosis variable de sus propios componentes masculinos y femeninos (y en particular de acuerdo a cada niño, en función del lugar específico que ocupe dentro del mundo representacional de sus progenitores).

Por lo tanto, podemos decir que, tomando como base el equilibrio bisexual de los padres, lo materno y lo paterno se jugarán en el encuentro con la persona particular que es ese bebé y con la historia relacional de cada padre. De este modo, materno y paterno están en la encrucijada entre lo sincrónico y lo diacrónico, o en el cruce entre las interacciones en el aquí y ahora y las dos filiaciones transgeneracionales, materna y paterna, del niño.

A menudo se ha recordado que en “El Yo y el Ello”, Freud dice sobre el concepto de identificación primaria: “Esta nos conduce al nacimiento del Ideal del Yo, porque detrás de este Ideal se oculta la primera y más importante identificación del individuo: la identificación con el padre de su prehistoria personal”. Pero agrega en una nota: “Sería más prudente decir con ambos padres, porque antes de que el individuo haya adquirido un conocimiento cierto de la diferencia de los sexos (presencia o ausencia de pene), se conduce de la misma manera con respecto al padre y la madre” (S. Freud 1923).

Los estudios actuales sobre interacciones tempranas, que ya hemos mencionado, nos incitan a modular de alguna manera estas palabras, pero en cualquier caso, basándose en este texto de Freud, un autor como Houzel, propone incluso la hipótesis de que Freud podría haber planteado allí “una identificación bisexual antes de cualquier posible diferenciación objeto”. Y agrega: “Antes del destete, entendido éste como una etapa de la relación tanto psíquica como física con la madre, no habría un objeto materno o paterno distinto sino un objeto parcial materno-paterno combinado: el pezón-seno.”

Esta discusión, en realidad, se abre hacia toda la cuestión de las triangulaciones parciales y pregenitales tempranas, así como hacia el lugar ocupado por el bebé en la psique de sus padres. ¿Podemos decir, por ejemplo, que lo materno se definiría por el hecho de que el niño encarna por su existencia un sustituto

simbólico del falo para la madre, mientras que lo paterno dependería de una rivalidad entre esta función del niño para la madre y el falo del padre?

Sin embargo, no olvidemos la reserva sustantiva expresada por J. Lacan en su Seminario de 1958, al introducir el texto freudiano sobre “Análisis terminable e interminable” reserva según la cual “el hombre sólo puede tener el falo sobre el fondo de que no lo tiene, que es exactamente lo mismo que le sucede a la mujer, es decir, que ella no tiene el falo y es sobre este fondo que lo es”.

No iremos más lejos por el momento con este tipo de cuestionamientos. Lo que podemos decir, en cualquier caso, es que no existe lo materno ni lo paterno que refieran sólo a lo femenino o lo masculino. Lo materno, como lo paterno, se construyen y luego se ponen en juego sobre la base de una bisexualidad originaria arraigada en el juego interactivo inicial de cualquier individuo y, en la actualidad, es difícil decir cuál es y cuál será el impacto sobre tal configuración de los cambios sociológicos (relativos) que nuestro tiempo nos lleva a constatar.

Conclusiones

La idea principal que sostenemos es, a fin de cuentas, que la calidad de los cuidados que brindamos al infante, como padres y como profesionales, depende de manera crucial de la calidad de la integración de nuestra bisexualidad psíquica tanto a nivel de nuestro funcionamiento personal como a nivel de las relaciones entre nosotros como adultos alrededor del niño.

Con motivo del primer coloquio de nuestro grupo francófono WAIMH, celebrado en París en 1995, Houzel escribió: “Avanzaré la hipótesis de que cuanto más integrada se encuentra la bisexualidad psíquica en cada uno de los adultos y entre los adultos de un mismo equipo, mayor es el efecto de unión que genera el bebé entre esos adultos; cuantas más fallas haya en la integración de la bisexualidad psíquica, más riesgo corre el bebé de generar un efecto de desunión.” Esto plantea entonces a la vez la cuestión de la individualidad de la bisexualidad psíquica y la de su análisis a nivel del funcionamiento de los equipos (incluso la cuestión de su composición en términos de la proporción de hombres y mujeres).

Pero en relación a nuestro propósito, lo que podemos agregar es que hay bisexualidad tanto en lo materno como en lo paterno. Lo materno y lo femenino no son dominio de la mujer, como tampoco los hombres tienen el monopolio de lo masculino y lo paterno. Creer esto sería ceder al mito de dos sexos radi-

calmente ajenos el uno al otro. Por otra parte, ambos sexos no son intercambiables. Esta idea implicaría ceder a la utopía de una bisexualidad psíquica absoluta y simétrica.

Como adultos, a veces tenemos la tendencia a adherir a tales mitos o utopías. En cambio, como hemos visto, los bebés no se equivocan. Saben reconocer a los hombres y a las mujeres muy tempranamente, gracias a la composición interna de la bisexualidad psíquica, inherente a cada uno, de la cual derivará más adelante la propia de cada niño.

Ya sea que uno lo piense desde el plano de las envolturas psíquicas, las interacciones tempranas, las imagos primordiales o incluso a nivel de nuestros diversos dispositivos terapéuticos, la bisexualidad reina. Si queremos que el bebé tenga sobre nosotros efectos de ligazón y que nosotros tengamos sobre él efectos constructivos, no nos queda más que elaborar esta bisexualidad psíquica en la que se basan y se sostienen nuestras funciones maternas y paternas. Y esto, ya sea uno hombre o mujer: ¡A buen entendedor pocas palabras!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, P. (1981[1975]). *La violence de l'interprétation: du pictogramme à l'énoncé (2e éd.)*. París: PUF. [Versión en español: (1977). *La violencia de la interpretación; del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.]
- Badinter, E. (1980). *L'amour en plus: histoire de l'amour maternel: XVII-XX^e siècle*. París: Flammarion. [Versión en español: (1981). *¿Existe el amor maternel?: historia del amor maternel: siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.]
- Bécache, S. (1987), Maternité et féminité: la légende d'Ariane. *Revue Française de Psychanalyse*, 51(6), 1571-1578.
- Bégoïn-Guignard, F. (1987a). À l'aube du maternel a du féminin: essai sur deux concepts aussi évidents qu'inconcevables. *Revue Française de Psychanalyse*, 51(6), 1491-1503.
- Bégoïn-Guignard, F. (1987b). Le féminin et le maternel. *Les Cahiers de l'IPC*, (5), 11-24.
- Bick, E. (1968). The experience of the skin in early object-rela-

- tions. *International Journal of Psychoanalysis*, 49(2/3), 484-486. [Versión en español: (1969). La experiencia de la piel en las tempranas relaciones de objeto. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(2), 167-172.]
- Bion, W. R. (1979[1962]). *Aux sources de l'expérience*. París: PUF. [Versión en español: (2016). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.]
- Bion, W. R. (1979[1963]). *Eléments de psychanalyse*. París: PUF. [Versión en español: (2000). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.]
- Bion, W. R. (1982[1965]). *Transformations, passage de l'apprentissage à la croissance*. París: PUF. [Versión en español: (1985). *Transformaciones*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.]
- Bowlby, J. (1978-1984). *Attachement et perte* [3 vols.]. París: PUF. [Versión en español: (1993-1998). *El apego y la pérdida* (3 vols.). Barcelona: Paidós.]
- Bowlby, J. (1992). L'avènement de la psychiatrie du développement a sonné. *Devenir*, 4(4), 7-31.
- Bydlowski, M. (1997). *Le dette de vie: itinéraire psychanalytique de la maternité*. París: PUF. [Versión en español: (2007). *La deuda de vida: itinerario psicoanalítico de la maternidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.]
- Diatkine, R. (1994). *L'enfant dans l'adulte ou l'éternelle capacité de rêverie*. Lausanne: Delachaux et Niestlé.
- Fivaz, E. (1987). *Alliances et mésalliances dans le dialogue entre adulte et bébé: la communication précoce dans la famille*. Lausanne: Delachaux et Niestlé.
- Freud, S. (1966[1923]). Le Moi et le Ça. En: *Essais de Psychanalyse* (pp. 177-234). París: Payot. [Versión en español: (1992). El yo y el ello. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 1-59). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (1982[1931]). Sur la sexualité féminine. En: *La vie sexuelle* (pp. 139-155). París, PUF. [Versión en español: (1979). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (1981[1933]). La feminité. En: *Nouvelles conférences sur la psychanalyse* (pp. 147-178). París: Gallimard. [Versión en español: (1979). 33a conferencia: la femineidad. En: *Obras*

- Compleatas* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (2010[1937]). L'analyse finie et l'analyse infinie. En: *Oeuvres complètes* (Vol. 20, pp. 13-55). París: PUF. [Versión en español: (1980). Análisis terminable e interminable. En: *Obras Completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu]
- Haag, G. (1983). Racines précocissimes de la détermination sexuelle ou la bisexualité dans la relation orale. *Textes du Centre Alfred Binet*, (2), 69-72.
- Houzel, D. (1997). Le bébé et son action sur l'équipe. *Devenir*, 9(2), 7-19.
- Klein, M. (1982[1922]). Les stades précoces du complexe œdipien. En: *Essais de psychanalyse* (pp. 229-241). París: Payot. [Versión en español: (2011). Primeros estadios del complejo de Edipo y de la formación del superyo. En: *El psicoanálisis de niños* (pp. 139-162). Buenos Aires: Paidós]
- Lamour, M. y Lebovici, S. (1991). Les interactions du nourrisson avec ses partenaires évaluation et modes d'abord préventifs et thérapeutiques. *La Psychiatrie de l'Enfant*, 34(1), 171-275.
- Laplanche, J. (1984). La pulsion et son objet-source son destin dans le transfert. En: D. Anzieu, R. Dorey, APF, et. al., *La pulsion pour quoi faire?* (pp. 9-28). París: Association Psychanalytique de France.
- Laplanche, J. (1986). De la théorie de la séduction restreinte à la théorie de la séduction généralisée. *Études freudiennes*, (27), 7-25. [Versión en español: (1988). De la teoría de la seducción restringida a la teoría de la seducción generalizada. *Trabajo del Psicoanálisis*, 3(9), 273-294.]
- Laplanche, J. (1987). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*. París: PUF. [Versión en español: (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu]
- Lebovici, S. y Stoleru, S. (1983). *Le nourrisson, la mère et le psychanalyste; les interacciones précoces*. París: Le Centurion. [Versión en español: (1988). *El lactante, su madre y el psicoanalista; las interacciones precoces*. Buenos Aires: Amorrortu]
- Meltzer, D. (1988). Le conflit esthétique: son rôle dans le développement psychique. *Psychanalyse a l'Université*, 13(49), 37-57. [Versión en español: (1989). El conflicto estético:

- su lugar en el proceso del desarrollo. *Revista de Psicoanálisis*, 46(1), 3-27]
- Rosolato, G. (1969). Du père. En: *Essais sur le symbolique* (pp. 36-58). París: Gallimard. [Versión en español: (1974). *Ensayos sobre lo simbólico* (pp. 39-65). Barcelona: Anagrama.]
- Stern, D. N. (1989[1985]). *Le monde interpersonnel du nourrisson: une perspective psychanalytique et développementale*. París: PUF. [Versión en español: (1991). *El mundo interpersonal del infante: una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.]
- Winnicott, D. W. (1970[1965]). *Processus de maturation chez l'enfant: développement affectif et environnement*. París: Payot. [Versión en español: (2002). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.]
- Winnicott, D. W. (1975[1958]). *De la pédiatrie à la psychanalyse*. París: Payot. [Versión en español: (2002). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.]

